

# CAPITULO XI

## NACE LA "REVOLUCIÓN LIBERTADORA"

### NACE LA "REVOLUCIÓN LIBERTADORA"

La carta que habían jugado los dirigentes de la CGT, de negociar con el gobierno, estaba "caput". En un intento desesperado declararon la huelga general por tiempo indeterminado. Aramburu no andaría con vueltas. Nada de diálogo. Ellos eran ganadores, que el vencido pagara su precio. A la huelga decretada por la CGT el gobierno respondió sin miramientos: encarceló a todo el que pudo encontrar. El resto de los dirigentes debió pasar a la clandestinidad. Recién empezaba la verdadera "Revolución Libertadora". El paro apenas si aguantó un día. Demasiados golpes había recibido el aparato sindical durante los últimos noventa días. Aramburu, el 16 de noviembre, intervino la CGT. En los considerandos del decreto de intervención (3032/55) se sostenía que Perón había utilizado "a la CGT desnaturalizando su misión esencial de entidad defensora y representativa de la masa laboriosa, transformándola en el instrumento adecuado para dominar a los trabajadores y hacerlos servir a los fines del totalitarismo que implantara... los directivos de la CGT permitieron que se desquiciase totalmente la economía, permaneciendo impasibles ante medidas gubernamentales que condujeron a la sensible disminución del poder de compra de los trabajadores y a la destrucción de los ahorros sacrificadamente acumulados por los mismos... intervinieron frente a la corrupción administrativa y el enriquecimiento ilícito de funcionarios públicos y de dirigentes gremiales, a la restricción y anulación de las libertades y los derechos humanos, a la declaración de ilegalidad de las huelgas promovidas con fines justificadamente gremiales y económicos, y a la detención, tortura y deportación de obreros opositores a la tiranía, auspiciando en cambio huelgas ordenadas por la dictadura para crear una artificial aprobación de sus actos despóticos... el gobierno está dispuesto a facilitar a los obreros las oportunidades para que instituyan gremios auténticamente representativos, sin parcialidad partidista y con toda fortaleza y autonomía que espontáneamente los trabajadores querían darse. La CGT ciega ante las memorables jornadas cumplidas por el pueblo argentino intenta restablecer la tiranía, acudiendo a huelgas o paros que no persiguen ninguna finalidad de orden gremial o económicos y sí objetivos pura y simplemente políticos, actitud con la cual sacrifica, una vez más, los sagrados intereses de obreros y empleados a su insensata pretensión de restablecer una dictadura que el pueblo no tolerará jamás". Se designó interventor al capitán de navío Patrón Laplacette.

Los estertores de la huelga se prolongaron hasta el 17. ¡El gobierno sabía cómo manejar estas cosas!

Si el decreto 3032 hubiese sido cierto en un 50 % —no más—, el peronismo hubiera recibido un golpe mortal. El gobierno se arrogó el derecho de proteger el salario y las conquistas, con mayor énfasis incluso que el gobierno anterior. Cuántas veces se hicieron leyes y decretos en nuestra patria cuya aplicación después resultó al revés. Claro, el decreto no podía decir sacaremos todas las conquistas, rebajaremos los salarios, obligaremos que elijan a quienes nosotros señalemos. El tiempo se encargó de demostrar con hechos cuáles fueron los objetivos del famoso decreto. Pero todo no quedó aquí. Un nuevo decreto, el 7107/56, inhabilitó para ocupar cargos sindicales a los

militantes que habían actuado durante el peronismo.

Más de 70.000 militantes sindicales quedaron excluidos de toda participación. Su único delito había consistido en su vocación. Nadie se molestó en probarles nada. ¡Se decretó que eran parias y listo! Las cesantías en las empresas se contaron por decenas de miles. Para el gobierno tenían el mismo grado de culpabilidad" Framini o Natalini que un delegado de fábrica de Río Gallegos.

Entre ellos había algo en común. Eran peronistas. Con esto bastaba. Los cesanteados pasaron a engrosar las famosas "listas negras". Los patronos se comprometieron a no tomar trabajadores "marcados". Y cumplieron. Ello obligaría a los trabajadores a pensar, en el futuro, el riesgo que corrían si aceptaban ser delegados. Un riesgo que aumentaba mucho más si aparte de la militancia sindical se era peronista. No hay nada que hacer, la oligarquía no perdona. Ni a Stalin se le hubiera ocurrido una medida semejante. La monstruosidad de este decreto fue tan grande que el gobierno no tuvo otra alternativa que modificarlo —no anularlo— a través del 14.190.

El régimen de Asociaciones Profesionales fue modificado (decreto 9270/56). Sus fundamentos establecían el reconocimiento de más de un sindicato por rama de actividad. Era el reconocimiento del gobierno al poder e influencia que el peronismo seguía teniendo entre los trabajadores.

Deben formularse algunas reflexiones. El peronismo fue derrotado con relativa facilidad. Es cierto. Pero su fuerza política como movimiento político permaneció inalterable. Hubo trabas, dificultades, y hasta límites al modelo que funcionó durante 9 años, principalmente a partir de 1953.

Las profundas modificaciones que el peronismo produjo en el sistema no podrán borrarse en el futuro. A pesar de todo lo que se haga. Ese sector social que había permanecido sumergido durante decenios ya estaba en la superficie. Éste y no otro es el mayor éxito del peronismo. La presencia, la politización de los trabajadores, la búsqueda para ocupar su espacio en la vida del país. De aquí en más todo dirigente que pretenda actuar en política y sostenga que los sindicatos no deben hacer política, se convertirá en enemigo de los trabajadores. Peor aún, cuando quien lo dice es un militante sindical. El sindicalismo fue, es y será una forma de hacer política. No otra cosa. Algunos dirán que no debe hacer política partidista. ¿Qué política entonces?

Las bruscas modificaciones que impuso el gobierno de Aramburu comenzaron a generar graves problemas sociales. Las reservas monetarias disminuyeron, los saldos de nuestra balanza fueron cada vez más y más negativos. El Estado ya no sería más el elemento regulador y estabilizador de las relaciones socio-económicas.

El tan vapuleado IAPI fue eliminado. Nuestro comercio exterior quedó expuesto al juego de la oferta y la demanda. El Estado ya no compró más los cereales para exportarlos. Los subsidios al consumo quedaron eliminados. Los precios fueron liberados.

De la nacionalización de los depósitos bancarios se volvió a la banca privada. Los grandes exportadores de la década del 30 volvieron a controlar el mercado. La Argentina se incorporó al FMI.

Los convenios bilaterales del peronismo quedaron al margen. La Argentina adhirió al sistema multilateral. La poderosa American Power, que durante el peronismo había aceptado percibir una compensación por sus usinas, comenzó a maniobrar para reinstalarse en el mercado en perjuicio de la empresa estatal A y EE, creada por el gobierno anterior. Y podría continuarse con la enumeración. Todas estas maniobras llevaron inexorablemente a un constante deterioro del salario real.

La transformación del país exigió del peronismo la imperiosa necesidad de capitalizarse internamente y de incrementar aceleradamente la productividad.

Ello tenía como requisito previo e ineludible, quebrar las condiciones de total dependencia a que estaba atado el país. Implicaba al mismo tiempo sustituir la clase dominante del poder económico y financiero por la política de desarrollo social global. ¿Quién podía apoyar esta estrategia?

La respuesta es muy simple. Los sectores no comprometidos con la política tradicional. ¿Quiénes eran estos sectores? En primer lugar, los trabajadores, porque tenían mucho, mucho que ganar. Junto a ellos sectores de las Fuerzas Armadas y del empresariado industrial, cuyo negocio estaba en tener una adecuada protección aduanera.

El apoyo popular —los trabajadores— sólo sería posible lograrlo a través de una política económica capaz de elevar sustancialmente su poder adquisitivo, que le permitiera acceder a los bienes producidos por su propio esfuerzo. Este ascenso del sector popular significaba también proporcionarle medios para mejorar su nivel intelectual, cultural y formativo, especialmente a través de sus hijos, quienes tendrían así acceso masivo a la enseñanza media y superior. Estas reformas sólo podían implementarse mediante un programa económico que sí tendría que derrumbar intereses, un orden establecido. El "orden establecido" era innegablemente un orden capitalista y dependiente. La respuesta simple podría haber consistido en la instauración de un modelo comunista. Ello significaba cercenar y renunciar a muchos valores. En primer término, la libertad; en segundo lugar, pactar con el otro imperio; en tercer lugar, el otro imperio no tenía condiciones mínimas de apoyo a un intento semejante. Se optó, con sentido realista, por desarrollar un modelo autónomo que no era capitalista, pero que tampoco puede calificarse como marxista. Era un modelo que otorgaba al Estado facultades desconocidas en el capitalismo, por medio del poder que ejercía en la planificación y regulación de la economía, y por su independencia de los grandes organismos internacionales, tanto políticos como económicos. El socialismo o comunismo conocido en aquellos momentos tenía diferencias muy grandes con el modelo peronista. En primer lugar existía actividad y propiedad privada, ni el país integraba ningún organismo típico del mundo comunista; además los valores religiosos ocuparon un lugar destacado en el modelo peronista. La Constitución del 49 incorporó un concepto inédito en nuestro país e inédito también para grandes sectores del planeta. No debe olvidarse que transcurría la década del 50. La función social de la propiedad, el capital y la economía era sostenida por el 4° Capítulo de la Constitución del 49, el cual garantizaba la realización de la doctrina social al servicio del bienestar general, aclarando que su explotación nunca podía contrariar los fines de beneficio común del pueblo argentino. Establecía también que la organización de la riqueza y su explotación tenían por finalidad el bienestar del pueblo dentro de un orden económico conforme a los principios de justicia social. Facultaba asimismo al Estado para intervenir en la economía y monopolizar determinadas actividades en salvaguardia de los intereses generales, facultándolo incluso a ejercer actividades rentables. Ya se ha hecho referencia a la importancia del artículo 40, y a cuánto incidió este artículo incitar aún más a la oposición del régimen.

Han pasado más de dos décadas. Los hechos con toda nitidez han demostrado que sólo el Estado está en condiciones de sustituir al poder elitista, evitando la injusta distribución del esfuerzo común y la evasión del mismo, clásico en las políticas de esas características.

Es frecuente escuchar, aun entre los enemigos del peronismo, que éste se ocupó solamente de los aspectos sociales. Y aquí cabe formular la pregunta: ¿Cómo ocuparse de los aspectos sociales sin modificar la economía? El crecimiento industrial fue el motor de la redistribución del ingreso. El informe Prebisch admite que los trabajadores, incluyendo beneficios sociales, pasaron del 45,6% de su participación en 1945 al 59,6 % al finalizar el período. Este ingreso, cuatro años después de la caída del peronismo, había descendido ya al nivel del 50 %. En los Estados Unidos, en cambio, alcanza al 70 %.

Otro eterno latiguillo contra el peronismo fue el de la inflación. En sus últimos años de gobierno el índice fue "ridículo": 1952 = 6,7; 1953 = 4; 1954 = 3; 1955 = 2 (Antonio Cafiero, "Cinco años después"). Cuando el peronismo retomó el poder, en 1973, durante casi dos años la inflación fue cero. Y también lo criticaron.

**Han pasado más de dos décadas. Los hechos con toda nitidez han demostrado que sólo el Estado está en condiciones de sustituir al poder elitista, evitando la injusta distribución del esfuerzo común y la evasión del mismo, clásico en las políticas de esas características.**

Después de muerto Perón, se desataron todos los resortes, tanto en el peronismo como ajenos a él, y la inflación alcanzó ribetes espectaculares. Es cierto, pero es otro tema. Durante el 95 % del gobierno peronista, en todas sus etapas, el ritmo inflacionario fue mínimo, y ello en medio de un mercado de consumo dinámico. El peronismo demostró en los hechos que el salario alto, por sí solo, no es inflacionario.

En la Constitución del 49 fueron incluidos también los Derechos del Trabajador, de los ancianos, de la familia, de la Educación y de la Cultura, asegurando así, a través de la Ley Fundamental de la Nación, principios y valores que hacen a un claro sentido de justicia social. La redistribución de la renta pública más el invalorable aporte de los sindicatos permitieron mejorar sensiblemente la salud pública, disminuyendo la tasa de mortalidad infantil a un nivel similar al de los países más desarrollados. La escolaridad aumentó espectacularmente en todos sus niveles. Algunos dirán que los niños aprendían a decir papá y mamá junto con Perón y Evita. Es cierto y no era del todo justo. Pero estos niños a medida que iban creciendo tenían acceso a una educación, información y formación como nunca pudo soñarse. Por otra parte, quien aprendía a leer Perón-Evita, tenía las mismas posibilidades económicas de leer el día de mañana a Marx, Churchill o al que se le ocurriera. Podía elegir.

El cuadro siguiente muestra hasta dónde es válido este concepto.

#### EVOLUCION DE MATRICULAS. CRECIMIENTO ANUAL ACUMULATIVO POR PERIODOS

PERIODO	PRIMARIA	MEDIA CORRIENTE	MEDIA TÉCNICA PROFESIONAL	UNIVERSITARIA
1952-55	3.6	11.1	4.5	12
1955-60	1.4	6	1.3	2.5
1960-65	1.9	6.5	6.4	7.2
1965-70	1.7	4.5	3.9	1.3

Fuente en base a datos del Ministerio de Educación

¿Cuándo los argentinos hemos visto tantos libros de izquierda como durante el gobierno peronista 73-76?

Pocos, muy pocos, recuerdan la importancia de las Escuelas Fábricas, que promovieron y posibilitaron la formación de cientos de miles de trabajadores argentinos. A la caída del régimen se las quiso desmontar, pero no fue posible. No obstante, lograron quitarle el nivel que habían alcanzado, favoreciendo así al aparato privado. Las empresas del Estado debían recurrir de manera prioritaria a estas escuelas para incorporar personal, un personal entrenado para insertarse en las nuevas formas de la economía. Las escuelas fábricas preparaban técnicos y personal especializado, que era lo que necesitaba imperiosamente el país para su desarrollo industrial. Las clásicas profesiones liberales quedaron relegadas en la política educacional oficial. La Universidad Obrera fue otro paso importante. Con el tiempo, los sindicatos pretendieron incorporarlas a sus actividades, pero los gobiernos opusieron trabas de todo tipo.

La planificación, impuesta por el peronismo mediante sus dos planes quinquenales, el segundo sin completar, apareció frente a las élites de poder de la Argentina como una forma socializante, totalitaria de la economía. Los Estados Unidos, aunque en tos hechos planifican, siempre se negaron a aceptar el término porque es sinónimo de comunismo, de totalitarismo staliniano. Si el peronismo hubiera adoptado formas stalinistas de gobierno, con seguridad que hubiera persistido en el poder. Y si no, véase qué pasó en Cuba y en Chile. Fidel Castro adoptó el modelo

y lleva ya más de veinte años en el poder. En cambio, Salvador Allende pretendió imponer un modelo socialista con las reglas de juego vigentes. Todo el mundo sabe cómo terminó. Pero si uno se detiene aquí, parecería que está proponiendo como única opción la estrategia de Fidel.

En primer lugar, estamos convencidos que nuestro país no necesita esa interpretación, ni le conviene. La Argentina tiene juego, en el orden internacional, por el tipo de país que tenemos. Además, Fidel Castro llegó al poder de manera total, con un ejército que él controlaba. No tenía oposición. Batista, por otra parte, había sumergido al pueblo cubano en todos los sentidos, y ese pueblo pedía cambios a gritos. Quería comer, quería asegurar su salud. No tenía nada. Ni posibilidades de alimentarse, ni acceso a antibióticos para disminuir sus penurias. Cuba era un paraíso... y un prostíbulo a la vez, sólo agradable para el turismo yanqui. Y así terminó. En manos del comunismo más ortodoxo. Un comunismo que ha llevado a miles de cubanos, no por decisión propia sino por imposición de su protector, a participar en las campañas de África. Los soldados son cubanos; las armas rusas. Los intereses... usted sabe.

Allende no tuvo esa posibilidad, llegó enmarcado por el sistema. El pueblo quería, como en Cuba, el cambio. Ese pueblo que quería el cambio, en un porcentaje elevado (30 por ciento) estaba adherido a las formas de cambio que proponía la Democracia Cristiana. En Cuba no había opciones: o era Batista o era Fidel. En Chile, incluso un sector de las FF.AA., minoritario, aceptó profesionalmente al gobierno de Allende. Pero había otros intereses.

El proceso argentino no fue igual a ninguno de los dos. Se aproximó mucho más, eso sí, al chileno. Las reglas de juego no podían modificarse en su totalidad. Y esas reglas de juego, sumadas a errores, vicios, inexperiencia o incluso abusos, como se quieran llamar, crearon las condiciones para su caída. Si Perón, como muchos pregonan, hubiera pretendido acelerar la marcha, eliminar los partidos políticos y contar con las FF.AA. fueran ciegas cumplidoras de su designio, seguramente hubiera durado menos. Quedó como fundamental experiencia la politización del pueblo. Y esto es más que importante. Viejos y nuevos antiimperialistas sirvieron y actuaron para el derrocamiento del peronismo, para que Aramburu adhiriera al FMI que tanto odian. Son esos intelectuales que creen en la "revolución total", pura, ideal. No se han detenido a reflexionar que esa "revolución total" sólo es posible en sus probetas de laboratorio. Se niegan a abandonar su torre de marfil y su eterna retórica. No comprenderán nunca que los trabajadores siempre se resistirán a ser simples conejitos de india. O dicho en porteño: a ser usados.

Una nación no se libera denunciando simplemente al imperialismo. Por una razón muy simple: porque en la realidad no es válido el todo o nada.

El imperialismo, cualquiera sea su signo, debe enfrentarse con las propias fuerzas, fuerzas que no suelen ser lo suficientemente poderosas como para derrotarlo en toda la línea. Pero si uno se deja encandilar por los cantos de sirena de quienes proponen enfrentar al imperialismo con sus técnicas, puede pasar que se termine cayendo en las manos del otro imperialismo. No se puede caer en la ingenuidad de creer que uno u otro imperialismo son derrotables en toda la línea. Tienen poder en serio. Pero también es cierto que un país como el nuestro tiene condiciones más que aceptables para programar y conducir su propio destino.

Creer que el imperialismo está agonizando es francamente suicida.

En la lucha para modificar las estructuras vigentes debe formarse la propia estrategia. Una estrategia que debe ser revisada, si es necesario, cada día; una estrategia que sólo puede y debe ser construida a través de la propia experiencia, de los propios actos.

Creer en la posibilidad de liberarse y alcanzar un marco adecuado de justicia social sin modificar la estructura vigente, también es infantil. La experiencia peronista demuestra cuánto hay que batallar y sudar para provocar cambios. Y a veces hay que retroceder. Esos intelectuales que viven en su torre de marfil deberían preguntarse a quién perteneció el poder del Estado en la Argentina durante el gobierno peronista. Muchos dirán sin titubear: a la oligarquía.

¿Entonces por qué acosarlo y derrotarlo, si el peronismo —como ellos dicen— tenía adormecido al pueblo en su demagogia? ¿Cuál fue la participación de la oligarquía en el gobierno peronista? Ninguna.

Apenas la oligarquía tuvo juego libre, intentó liquidar al sindicalismo. Sabía y sabe quién es su enemigo. Pero aún no aprendió que el sindicalismo no se liquida con decretos, de la misma manera que un decreto no puede sancionar el fin de los imperialismos, la eliminación de la maldad o la salida del sol.

Y mucho más todavía en nuestra Argentina. En el capítulo siguiente se continuará con la historia y la interpretación del papel del sindicalismo en una etapa sumamente difícil, dura, compleja, cambiante, llena de falsas promesas. En una etapa donde se lo persiguió masivamente como nunca lo había sido hasta ese momento. Por la simple razón que antes el sindicalismo no había sido una organización de más. Y ahora lo es. Irreversiblemente, para siempre; guste o no.

Además debe haber una conciencia real de que los trabajadores solos no harán ninguna revolución. Como tampoco podrá hacerla la clase media o la tan mentada burguesía. Existen objetivos comunes y en ellos deben buscarse las coincidencias. La unión nacional no es sólo una expresión de deseos, tampoco es un espejismo. Existe y es posible alcanzarla.

La cuestión es saber cómo lograrla. Debe analizarse en serio cuál puede ser nuestro aporte. Y también con quiénes se debe pactar esta unión nacional. Desde antes de la caída del peronismo que se habla de ella. Todavía no se ha logrado, ni siquiera nos hemos acercado, salvo en el breve período de Perón 73-75. En la búsqueda de esta unión nacional está en gran parte el secreto de nuestro futuro como Nación soberana. Si nosotros mismos, que estamos interesados en lograrla, nos empecinamos en torpedearla, no tendremos derecho en acusar a quienes no tienen interés en esta unión nacional y la torpedean. Si creemos en su validez, debemos aceptar que tendremos que hacer concesiones, concesiones que no pueden ser principios como la justicia social.

Para terminar con este capítulo, quiero hacer unas últimas reflexiones sobre el gobierno peronista 1946-55. Básicamente en torno a aquellas afirmaciones que insisten sobre el tipo dictatorial, totalitario del mismo.

El peronista no fue ni de lejos un Estado-gendarme. Un Estado-gendarme, en nueve años de gobierno, hubiera tenido miles de casos Ingalinella. Y durante el peronismo solo hubo uno.

El Estado-gendarme, en cualquiera de sus dos extremos (Stalin-Salazar, Stroessner-Somoza), interviene en todo. ¡Y cómo! En el caso de Stalin arrasa la propiedad individual, a cualquier precio. Arrasa incluso con la libertad de pensamiento, de opinión. En el de Stroessner o Somoza defiende el orden instituido a cualquier precio. Es a costa de la miseria y el sumergimiento del pueblo. ¿Existe para la Argentina el modelo ideal? ¿Cuál?

Las contradicciones del peronismo sirven hoy para reflexionar, para analizar errores; algunos de ellos grandes, muy grandes. Pero tenemos un pueblo concientizado. Tenemos el movimiento obrero más desarrollado y más lúcido de América Latina. Más allá de las diferencias que a veces suelen ser nada más que apetencias de cúpulas burocratizadas y por ello ciegas de la realidad que los rodea.

Planificar no significa ni puede significar restringir la libertad o la democracia. El comunismo nunca había participado en elecciones en nuestro país. Lo hizo por primera vez bajo el gobierno peronista. Y allí desnudó su total divorcio del pensamiento popular. Por eso quizás se opuso al peronismo, porque vio que el peronismo era —y es— el gran vallado para su avance y su penetración en los trabajadores.

Ya nadie se toma en serio aquello de la civilización occidental y cristiana; a pesar, por supuesto, que somos occidentales y cristianos. ¿Pero qué clase de "civilización occidental y cristiana" proponen los que mandan? El pueblo tiene su propio concepto de esta interpretación. También comienzan a tenerla sectores de la Iglesia. Y esto es muy importante. Es una vía más, de la que ya hablaremos.